



De todas las cartas que Umberto Eco y Carlo Maria Martini, obispo de Milán, intercambiaron hace algunos meses valdría de las páginas que nos ofreció una revista italiana, probablemente las mejores, las más perspicaces y conservadoras, sean las que ambas sacaron sobre el fondo moral de la ética y sobre las dificultades que tienen todo no creyente para dar una base firme a las convicciones de orden moral que profesa.

En su carta titulada "¿Dónde encuentra el laico a luz del bien?", Martini se pregunta a qué puede basar la ética y la liberalidad de su acción moral que en no profesa cristiano, para cimentar el carácter absoluto de una ética, a principios metafísicos o valores trascendentes y tampoco a imperativos católicos universalmente válidos. Por su lado, y utilizando su título 30 meses hermano —"Cuando los dioses están en guerra sobre la ética"—, Eco responde que una ética natural puede constituir una alternativa a una ética fundada sobre la fe en la trascendencia, para lo cual se apoya en la certeza de que hasta las más altas de las ideas humanas son creativas que son los dioses, con su mirada, lo que nos define y nos conforma.

Veremos —dice— de la misma forma que no somos capaces de vivir sin comer ni dormir, no somos capaces de comprender quien somos sin la mirada y la respuesta de los dioses. Las preguntas del obispo son más fáciles de exponer la porfía que la produce una ética sin fundamento alguno a lo obediencia, y volve una y otra vez a la cuestión, preguntando a Eco de la siguiente manera: "¿Qué respuesta confiere a su obispo quien pretende afirmar y probar principios morales, que pueden estar incluídos al acervo de la vida, pero no reconocen un Dios personal?" Y añade: "Si que cambien personas que sin creer en un Dios personal, llaman a dar la vida para no abandonar su convicción moral. Pero no es una respuesta última que a lo que lleva a un no creyente a querer comportarse moralmente, incluída hasta el punto de dar su vida, es sólo parecido a lo que inspira a los filósofos a escribir: "Llamar un mensaje en la batalla, para que, de alguna forma, aquello en lo que se trata o que más importa, pueda ser creído o por lo menos a quien venga después. Y respecto de la cuestión de Dios, recuerdo que el reconocimiento es un sentimiento advertido también por los no creyentes, de modo que "no quisiera que se instaurase una oposición tajante entre quienes creen en un Dios trascendente y quienes no creen en principio trascendental alguno".

He ahí sólo algunas partes de este intercambio epistolar

"En qué creen los que no creen?". Reapropiación del intercambio epistolar entre Umberto Eco y Carlo Martini. Madrid, 1990. Editorial Planeta.

Por Agustín Squella



Ética sin Dios

que parecen hallar en el libro que "reproduce la correspondencia entre Umberto Eco y Carlo M. Martini". "¿En qué creen los que no creen?", una obra que Editorial Planeta ha puesto ahora a circular en castellano. La obra, por lo demás, que se ofrece a los lectores como un ejercicio no sólo de inteligencia, sino también de modestia, sinceridad, apertura y brío de los interlocutores dispuestos tanto a hablar como a escuchar, racionalmente. Una obra, en fin, que sea la más aliada para compartir ahora una reflexión provocada que concurra a ser una obra de un año, bajo el título de "Ética sin Dios", en el esfuerzo de al menos.

Si un creyente accediera al gran desafío para explicar el mal, o sea, para dar una respuesta satisfactoria acerca de cómo conciliar la existencia de Dios con la presencia y en ocasiones con la falta del mal, no un creyente tiene la dificultad propia de explicar el bien, esto es, de proporcionar una respuesta plausible acerca del sentido que pueda tener la búsqueda del bien en un mundo sin Dios.

Voy a referirme ahora a lo segundo, o sea a los aprietos en que se encuentra un no creyente a la hora de explicar la búsqueda del bien y de justificar una acción por ética.

En su carta se ve que el de la posibilidad de una ética laica, que es lo mismo que decir una ética sin Dios, y la dificultad o la respectiva omisión de la misma se si Dios no existe, que sentido puede tener que hagamos el bien y evitemos el mal? Si Dios no existe, ¿qué razón tenemos para pensar que comportarnos de un modo que pueda ser aprobado tanto por nosotros mismos como por nuestra conciencia? Si la pregunta central de la ética es qué debemos hacer para comportarnos co-

rectamente desde un punto de vista moral, ¿cómo tener sentido una pregunta como esa si Dios no existe? En fin, ¿qué motivo puede ofrecer un no creyente para buscar el bien y evitar el mal?

Preguntas como esas son pertinentes, porque la moral de los individuos que están vinculada a sus creencias en un ser superior que causa que la conducta se oriente al bien y que proporciona mandamientos explícitos acerca de lo que debemos hacer en el terreno moral. De este modo, todo persona creyente que adhiera a una religión tiene necesariamente a la mano tanto el fundamento para buscar

El creyente tiene un código moral. ¿Dónde, sin embargo, se le da razones morales para el bien y el mal? El creyente tiene un código moral. ¿Dónde, sin embargo, se le da razones morales para el bien y el mal?

El creyente tiene un código moral. ¿Dónde, sin embargo, se le da razones morales para el bien y el mal? El creyente tiene un código moral. ¿Dónde, sin embargo, se le da razones morales para el bien y el mal?

Cuando optan por el bien, los no creyentes lo hacen no en obediencia a un mandato divino; lo hacen apenas en obediencia de sí mismos.

El bien como el causante que se lo hace para conseguirlo. En cambio, un no creyente carece de semejante posibilidad, puesto que no puede invocar al nombre de Dios como fundamento de su acción por el bien ni está tampoco en condiciones de convertirse a otras merced prestadas que pueda reconocer como expresión de la voluntad divina.

La verdad es que hay diferentes maneras de fundar una ética laica, lo cual permite desahogar la idea de que también a Dios tendrían que ser, a la vez, bondades y mal. Así es, pero sin olvidar que, al menos, se debe tener presente de conducta o bien o mal.

proporciona incluso un código moral. En cambio, el no creyente carece de semejante posibilidad, puesto que no puede invocar al nombre de Dios como fundamento de su acción por el bien ni está tampoco en condiciones de convertirse a otras merced prestadas que pueda reconocer como expresión de la voluntad divina.

Cuando optan por el bien, los no creyentes lo hacen no en obediencia a un mandato divino ni en espera de una recompensa luego de la muerte. Lo hacen apenas en obediencia de sí mismos y sin esperar otro premio que la aprobación de su conciencia y la estima de su semejante.

Entonces no sólo es posible una ética laica. También es más difícil, y por momentos, más desafiante, incluso, que la moral religiosa.

Las cartas

Volviendo ahora al debate epistolar de Umberto Eco y Carlo M. Martini, vale la pena agregar que intervinieron también otras seis personas. Se trata de algunos filósofos, políticos y periodistas, inclusive que suscribieron principios de esta actividad y delicada construcción, cuatro un punto de vista laico y otros religiosos acerca de la ética y su fundamentación. En dichas intervenciones es posible encontrar lo mismo que está presente en las cartas de Eco y de Martini: un principio ético tanto para articular los argumentos propios como para atender a las razones que ofrecen los demás interlocutores.

A un cuidado podríamos llamarlo tolerancia, una virtud absolutamente clave para que un diálogo sobre moral entre creyentes y no creyentes pueda resultar, no sólo en provechoso, sino simplemente atractivo.

Lo más notable, sin embargo, es que en las páginas de "En qué creen los que no creen?" campea una tolerancia activa que una manera prima. He aquí algunas veces una definición clara de las modalidades de la tolerancia, punto que la segunda de ellas —una tolerancia de fondo— convierte únicamente en requisitos para convivir en sociedades que no agredimos, y que nos permiten incluso desahogar, mientras que la primera —una tolerancia de fondo— nos impulsa a estar en diálogo con quienes tienen ideas que rechazamos, a escuchar y a superar las razones que pueden ofrecernos, a discutir y a rectificar eventualmente nuestros propios puntos de vista.

Cuando se dice también en este libro, no queda más que aceptar que hay personas que son capaces de estar, por lo que, a la vez, tendríamos que admitir que esas personas son líneas móviles, no abismos infranqueables.

La tolerancia es la virtud que nos conduce a aceptar la diversidad de convicciones en el plano religioso y laico en el campo político. Se trata de la misma virtud que debería conducirnos ahora a procurar coexistencias morales no más blandas, aunque sí más flexibles. No es, por tanto, la virtud de los indecisos, como sentenciaba un filósofo como aristocráticamente Chateaubriand, sino la virtud de los decisivos de escuchar y de aprender más allá de los dictados de su propia voz interior o del credo que los ligaron. Es la virtud, en fin, de los que se sienten libres.

A aquellos que no se sienten libres, ¿por qué tendrían que estar deseosos de escuchar más allá de ellos mismos y de las creencias que heredan?

Al menos por caridad. **ES**

Ética sin Dios [artículo] Agustín Squella.

Libros y documentos

AUTORÍA

Squella, Agustín, 1944-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Etica sin Dios [artículo] Agustín Squella.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile